

Algunas claves en el pensamiento de Andrés Bello

Al analizar la obra de Andrés Bello llama la atención la seguridad de criterios en el manejo *funcional* y *antidogmático* de sus objetos de estudio, sin olvidar la necesaria normatividad. Su orden óptimo es aquel que permite la variación individual sin entrar en divergencia con la necesaria cohesión social. Al contemplar tan fecundos frutos, inspiradores hasta hoy, y puntos firmes y necesarios en Hispanoamérica en el siglo pasado, cabe preguntarse cuáles son las raíces, las ideas y las categorías que funcionan como soporte fecundo en la obra del ilustre venezolano. Tal propósito es ambicioso y arduo. En esta oportunidad, sólo queremos destacar algunas claves en el pensamiento de Bello que funcionan como sólidas intuiciones o categorías en su variada obra.

1. *El hombre y la realidad*

La primera característica destacada con relieve por Andrés Bello sobre el espíritu (en cuanto lo considera lo esencial humano) es que es capaz de *conocer* y de encauzar sus actos en vista de su *felicidad*. Dice textualmente al respecto:

«El objeto de la Filosofía es el conocimiento del espíritu humano y la acertada dirección de sus actos.»

Nuestro espíritu no nos es conocido sino por las afecciones que experimenta y por los actos que ejecuta. De su íntima naturaleza nada sabemos.

Las afecciones y actos son de dos especies, por las unas conoce, investiga la verdad y se asegura de que la posee. Por las otras quiere, apetece la felicidad y se esfuerza por alcanzarla y retenerla»¹.

En cuanto al conocer, en su libro «Filosofía del Entendimiento», empieza su exposición por las percepciones, porque esta facultad es «aquella que más continuamente ejercitamos y que interviene en el conocimiento de todas las otras»².

Hay tres clases principales de percepciones, que se explican en el siguiente orden: a) las percepciones intuitivas de «lo que pasa actualmente en nuestra propia alma»³; b) las percepciones sensitivas, «en que por el ministerio de la sensación nos representamos las cualidades y estados de las sustancias materiales extrañas o las cualidades o estados del organismo», se subdividen, pues, en externas e internas, y c) las percepciones relativas o de relaciones. Hay relaciones de sucesión, identidad, sustancialidad y otras que examina en diversos lugares de su obra⁴.

En las percepciones intuitivas intervienen, por simples que parezcan, dos elementos:

«Primeramente el alma obra en sí misma: una modificación suya produce en ella una modificación nueva, que consiste en que el alma ve, contempla la modificación original.

Esta especie de contemplación es propiamente una intuición. Pero esta nueva modificación, esta intuición, no es toda la percepción de conciencia. El alma refiere la modificación percibida, la modificación objeto, a su propio

(1) Andrés Bello. *Filosofía del Entendimiento*. México, 1948. Fondo de Cultura Económica. Cfr. pág. 3.

(2) *Ibidem*, pág. 6.

(3) *Ibidem*, pág. 12.

(4) *Ibidem*, págs. 21-22.

ser, al yo, mirando al yo como sujeto de ella, y como una misma cosa en ella; y de estos elementos, intuición y referencia de la intuición, se forma la percepción de conciencia, la percepción intuitiva.

En la percepción intuitiva se nos presenta bajo dos aspectos la conciencia: pasiva en cuanto contempla la modificación objeto y en cierto modo la refleja; activa en cuanto concibe y afirma una relación de identidad entre el ser que experimenta la modificación objeto y el ser en quien reside la conciencia que la refleja»⁵.

Respecto de las percepciones sensitivas, para ser tales, debe mediar una impresión orgánica, y en las externas una causa externa de esta impresión; una sensación; un juicio que refiere ésta a la impresión orgánica o a la causa externa de la misma, y una percepción intuitiva⁶.

Ahora bien, la relación entre la «modificación objeto» de las percepciones intuitivas y la «impresión orgánica», ya sea por una causa externa o variación química de nuestro organismo, es bien sugestiva.

En las percepciones sensitivas o representativas se da como necesaria, según Bello, la sensación; «al paso que en las percepciones intuitivas generalmente consideradas la sensación es un objeto accidental, porque no sólo la sensación sino cualquiera otra modificación del alma, v. gr. un deseo, puede ser objeto de la conciencia»⁷.

Pese a las diferencias señaladas, sigamos al mismo Bello. Dice:

«...el alma está toda entera, en cada uno de sus actos, y es preciso conciliar con las aparentes diferencias que nos muestra la conciencia en el alma, la identidad y la indivisible unidad de que tenemos constantemente una imprescindible intuición»⁸.

(5) Ibidem, pág. 13.

(6) Ibidem, pág. 13 y ss.

(7) Ibidem, pág. 7.

(8) Ibidem, pág. 20.

Así, con el dato anterior, podemos explicarnos el aspecto dinámico de las percepciones intuitivas y sensitivas. Las primeras —el alma tomando conciencia de «algo» de ella misma— implican la existencia de las segundas. La objeción de que las percepciones intuitivas no exigen la sensación, se supera viendo el proceso y orientación de las percepciones sensitivas.

Bello señala que los instrumentos que tiene el alma, para lograr las percepciones sensitivas externas, son los sentidos. Y el primordial de éstos es el tacto, precisando, el *contacto*:

«De aquí se sigue —expresa— que el tacto es el sentido extenso por excelencia: que todos los otros no hacen más que sobreponer cualidades y caracteres de ciertas especies particulares a los objetos táctiles, a sugerir, en virtud de asociaciones precedentes, los informes que el tacto nos daría si lo aplicásemos a ellos; y que el universo externo es para nosotros un sistema de cosas, magnitudes, formas, distancias y situaciones, verdadera o imaginariamente palpables»⁹.

En la perspectiva transcrita Bello califica el tacto como el «maestro» de los sentidos aposcópicos¹⁰, y a la vista como el primer «discípulo», pues enseñada por él, «ha repetido las lecciones de este sentido a los otros», ahorrándose energía y ganándose en rapidez, que es en lo que consiste la utilidad de la vista.

Según esta visión, cualquier sentido no es más que un modo de aproximarse a los objetos, de tocarlos en forma indirecta. Registrando la complejidad de sus estructuras en servicio exclusivo y directo de la vida¹¹:

(9) Ibidem, pág. 43.

(10) Los que captan elementos que se hallan lejos para ser aprehendidos por el tacto o el gusto, se llaman sentidos plesioscópicos, por oposición a los aposcópicos.

(11) Tal perspectiva ha sido ampliamente fundamentada en el siglo XX. Las ciencias biológicas han comprobado que, desde las partículas coloidales, el contacto funcional y diferencial con el mundo es necesario a los seres vivos para realizar el intercambio energético fundamental. Y en íntima vinculación con el metabolismo se han ido produciendo todas las funciones de la escala zoológica: locomoción, reproducción, aumento y perfeccionamiento de los sentidos, etc. Así las cosas, desde la más simple reactividad biológica de los coloides hasta las sutiles reacciones del

El valor de Bello en este punto es haberse adscrito a este frente, destacando el carácter primigenio del tacto o contacto en la existencia humana y por extensión al resto de los seres vivos. Tal postura, que hace irrupción en el siglo pasado, nos dice en nuestro tiempo que aún la más simple reactividad biológica, producida en el primer peldaño de la existencia, es ya un contacto o sentir químico del mundo, que va en beneficio exclusivo de la vida.

Ahora bien, si la necesidad de conocer la realidad determinan el órgano y función sensoriales, podemos concluir que el pensamiento, sentimientos y deseos se orientan igualmente en tal dirección: conocer y modificar el entorno para adaptarnos y lograr la felicidad que postula Andrés Bello.

Se desprende de los datos anteriores que el conocimiento y la realidad, en beneficio de la vida, comienza con una impresión orgánica y culmina en la percepción. Y «la facultad del alma de renovar las percepciones, se llama memoria». Estas «percepciones renovadas por la simple memoria o por la imaginación se llaman ideas. Idea significa imagen; las percepciones renovadas se han llamado imágenes de las percepciones actuales por la semejanza que verdaderamente tienen con ellas». La memoria adquiere distintas nominaciones. Los actos de la memoria se llaman recuerdos, cuando las percepciones son renovadas «en el mismo orden en que los hemos experimentado; y la memoria recibe el nombre de imaginación, fantasía, con motivo de la alternación del orden, y cuando se combinan percepciones renovadas «que originalmente no han estado juntas en el alma»¹².

2. *La Felicidad a través de la selectividad*

Si el conocimiento es una necesidad del hombre para adaptarse al mundo, es necesario no olvidar, entonces, que el contacto del hombre con el mundo es selectivo. Y el criterio de selección no puede ser otro que buscar lo favorable a su

hombre, el sentir la realidad se hace en provecho de la vida. Cfr. Sousa Ferraz, Joao. *Psicología Humana*, Buenos Aires, 6.ª ed., 1962, Americalee. Passim.

(12) A. Bello, *Filosofía del Entendimiento*, pág. 20.

vida y rechazar lo dañino a la misma. Como señala Bello en sus «Apuntes sobre la teoría de M. Jouffroy»¹³, antes del razonamiento o de la capacidad ideativa, el hombre, cuando niño, ya dispone de las inclinaciones y recursos que le permiten clasificar las circunstancias del medio. Al analizar los hechos morales de la naturaleza humana, en el citado trabajo, Bello destaca que el «primero de estos hechos» no es otro que los instintos y tendencias, que en el niño o cualquier otro ser «se desenvuelven desde el primer momento de la existencia». Y estas instancias se dirigen hacia el bien del ser. Para lograr este afán, vale decir, satisfacer las necesidades, la naturaleza «ha unido el placer a todos los medios de obtenerlo, y el dolor a todas las cosas que lo estorban o lo contrarían»¹⁴. Así, dentro de la perspectiva bellista, el intercambio y la relación con el ambiente, para la conservación y desarrollo del individuo, se hace con repulsa a lo negativo y acogida a lo agradable. Y entre estos dos extremos, a partir del niño, tratará de encontrar una conducta adaptativa. Esta conducta en la línea anterior pasa por las siguientes fases:

a) La primera edad se caracteriza porque en ella «las tendencias ejercen su imperio sin la menor intervención de la inteligencia, el niño se dirige ciegamente hacia los objetos de sus necesidades sin conocerlos, sin prever el resultado de sus esfuerzos»¹⁵.

b) «En la segunda edad, el niño sabe por experiencia qué objetos le hacen falta, y qué medios puede prever en acción para obtenerlos; pero se mueve servilmente por la pasión que a cada momento le domina»¹⁶.

c) La tercera se caracteriza por el predominio de un interés relativo al que se supedita la línea de conducta. Aunque pueda ser un interés mal entendido, «es a lo menos un interés calculado; y todo cálculo es una obra, buena o mala, de la

(13) A. Bello. *Apuntes sobre la teoría de los sentimientos morales de M. Jouffroy*. En *Obras Completas*, Volumen VIII, Santiago de Chile, 1884-1893. Cfr. págs. 337-366.

(14) *Ibidem*, págs. 311-312.

(15) *Ibidem*, pág. 355.

(16) *Ibidem*, pág. 355.

razón individual, que es la única que puede guiar el individuo»¹⁷.

d) Por último, el hombre «concibe un orden general» que le permite conocer por medio de la razón una legalidad adecuada que favorece el desarrollo y cumplimiento de su finalidad. Al realizar la suya realiza la de los demás por medio de una transacción o avenimiento. En suma, el principio que obra a este nivel es «no debes, es decir, no puedes en el interés de tu mayor felicidad posible, permitirte a ti mismo lo que, permitido a cualquier otro hombre en circunstancias semejantes sería pernicioso a todos»¹⁸.

Fuera de la cooperación y sociabilidad, «ese orden es una garantía de nuestro interés individual, de nuestra existencia misma»; por otra parte, la cooperación y sociabilidad hacen necesaria la felicidad ajena a la nuestra. Tal postura, en la actualidad, completa el anticipo de Bello y la corriente que él representa, el reconocer como natural, aunque robustecida y perfeccionada por la razón, la inclinación al gregarismo y a la asociación. Los efectos de esa inclinación son los grupos o asociaciones, a través de los cuales los individuos obtienen beneficios recíprocos tales como alimentación, protección, movimiento, reproducción, etc. De este modo aunque la vida, en toda su crudeza, parece a menudo absolutamente cruel y egoísta, hay debajo de todo este otro motivo: la ayuda mutua y la cooperación. Esa tendencia aparentemente altruista, no obstante, no está del todo exenta de egoísmo, porque a menudo la propia conservación se logra mejor con la colaboración. En su verdadera naturaleza la vida es cooperativa, pues al elevarse el nivel de las estructuraciones vitales, aumenta también su eficiencia para la vida. Cuanto más complejo se hace el individuo (y la coordinación e integración corren parejas con la especialización), más intrincado y variado se hace su comportamiento. Se capacita para realizar más funciones y para enfrentar de manera más adecuada las contingencias de la vida.

(17) *Ibidem*, pág. 357.

(18) *Ibidem*, pág. 362.

Con todo, en la visión bellista del problema se reconoce ciertamente que la vida humana está animada por notables divergencias individuales. Así dirá que la última etapa de aprehensión de los *hechos morales* sólo la alcanzan muy pocos hombres, la mayoría se queda en los niveles anteriores sin tener conciencia de este «orden universal» platónico. En esta perspectiva, la hostilidad y rivalidad de los integrantes de la comunidad sería la característica más señalada de la misma y el generador per se de la discordia social y, por lo mismo, amargaría siempre la fraternidad y entendimiento de los hombres. Pero, en el desarrollo mismo de este darwinismo social encontramos, como lo manifiesta Bello, esa necesidad insoslayable de convivencia, de coactividad, de cooperación, de ayuda, que vemos manifestada en la vida. La pugna por existir supone, al mismo tiempo, la estrecha colaboración. Y ésta nos lleva, finalmente a dobligar los antagonismos individuales, sometiéndolos a la solidaridad creadora. Pero, por desgracia, al decir del ilustre venezolano por su tiempo, esto sólo se da a nivel de «los estados o familias sociales», subsistiendo un hosco recelo y enemistad entre naciones y entre continentes ¹⁹.

Del pensamiento bellista y sus presupuestos, se desprende que las circunstancias marcan huellas diversas, que el hombre va clasificando de un modo seguro, según el aspecto favorable o adverso de las mismas. Existir es estar afectado por las cosas, es «sentirlas». De esta manera, el aspecto afectivo es el clima interior que se hace presente en todos los mo-

(19) En nuestro tiempo, Bertrand Russell, destacado representante de la postura que emerge en la época de Andrés Bello, reconoce, contra su escepticismo, la realidad innegable de la fuerza coaligante de los hombres. Expresa que tal fuerza, en el hombre y en los animales, se funde en el instinto. Reconoce además, fundamentándose en Arthur Kieth, que «desde el punto de vista biológico, la transición de la familia a la pequeña tribu probablemente estuvo relacionada con el hecho de que la caza resultaba más eficaz si se hacía en forma cooperativa...» Subraya, igualmente, el relieve de la hostilidad externa del grupo para solidificar su propia cohesión interna. Pero es posible, basándose en «el doble mecanismo de la amistad dentro de la propia tribu y la hostilidad hacia todos los demás», crear una cohesión más completa y sólida entre los hombres, con mayor viabilidad de la que vislumbra el pensador inglés, si se considera que, en los grupos humanos, la confluencia de intereses y anhelos tiene la misma función integradora y asociativa que, en cada ser vivo, cabe a la correlación e integración de las funciones biológicas.

Cfr. Bertrand Russell. *Autoridad e Individuo*. México, 4.^a ed. 1961. F.C. E.

mentos, con mayor o menor intensidad, según las características del mundo, dentro de la polaridad Felicidad-Infelicidad.

3. *De la subjetividad a la objetividad*

Al decir de Bello los diferentes estados de fortuna, ánimo o estructura mental presentan los objetos de diferente modo a los espectadores del mundo²⁰. Frente a la subjetividad, la visión bellista coloca el conocimiento experimental como superación de la relatividad de la visión personal interesada o incompleta.

Parte de la distinción de conocimientos a posteriori y a priori, de estos últimos los principios de causalidad, contradicción, razón suficiente, etc., para expresar que todo raciocinio analógico es mero medio, la verdad empírica un fin. Bello como creyente fideísta, no rechaza, a despecho de su actitud cognoscitiva, la realidad de una causa primera, Dios, que para él tiene el carácter de un antecedente incondicionado de carácter libre, inteligente y ordenador.

En la teoría del conocimiento bellista, de raigambre predominantemente empirista, aparecen claramente articuladas las fases del método baconiano, que fecunda la historia de las ciencias, desde el siglo XVI.

En el desarrollo de este método, los datos singulares captados por los sentidos son unificados y generalizados en leyes por medio de las representaciones superiores del espíritu.

Bello, siguiendo la tradición baconiana, distingue los siguientes pasos metodológicos para la obtención del conocimiento:

a) Aprehensión de los fenómenos, mediante la observación minuciosa. «El primer objeto es el escudriñar las causas eficientes, o hablando con más propiedad, las circunstancias determinadas en que se produce tal o cual efecto...»²¹.

(20) A. Bello. *Filosofía del Entendimiento*, pp. 457 y ss.

(21) *Ibidem*, pág. 439.

b) Expresión de la hipótesis, que es una perspectiva más amplia y profunda de las cosas. Los datos particulares y aislados se unifican y coordinan a un nivel esencial y dinámico. Bacon respecto de lo mismo decía:

«Para mayor claridad denomino *anticipos* de la naturaleza (a fuer de cosa precipitada y prematura) a las conclusiones de la razón humana que de ordinario se aplican a la materia de la naturaleza; y llamo *interpretación* de la naturaleza a la razón que se saca de los hechos mediante un proceso cabal y metódico»²².

c) Así el proceso concluye con la *experimentación*, destinada a comprobar la hipótesis. Es volver, en forma pendular, a la primera etapa, pero con una visión superior que permite reproducir los fenómenos para saber si el esquema lógico propuesto es la explicación certera de los mismos.

En suma, para Andrés Bello, inmerso en la corriente citada, no puede haber otra prueba de los enunciados que los hechos mismos.

De tal modo se comprende que Bello haya sorteado el sistema de Berkeley, que niega la existencia de la materia:

a) La religiosidad de Andrés Bello opone, a la transgresión de Berkeley, el realismo de la tradición bíblica, como objeción de fe; «aunque la teoría de Berkeley —dice— pudiera en rigor admitirse como una suposición posible a los ojos de la filosofía, es incontestable que se opone a algunos de los más esenciales dogmas del cristianismo y de casi todas las iglesias cristianas»²³. El Génesis al respecto dice: «Al principio creó Dios los cielos y la tierra»²⁴. El hombre, según el mismo texto, fue creado al sexto día de la creación, por lo cual sólo le quedaba percibir lo ya creado.

b) La duda metódica de Descartes aparece reeditada en Bello en su concepción del hombre: «es un ser que tiene con-

(22) Francisco Bacon. *Novum Organum*. En *Autobiografía de la Ciencia*. México, 1947, F. C. E., Cfr. pág. 110.

(23) A. Bello, *Filosofía del Entendimiento*, pág. 326.

(24) E. Nacar Fuster y A. Colunga. *Sagrada Biblia*, Madrid, 9.ª ed. 1959. Biblioteca de Autores Cristianos. Cf. pág. 1.

ciencia de sus actos...»²⁵. Vale decir, de su existir, para poder pensar. «Pienso, luego existo», dice Descartes.

La existencia de ese ser que piensa es indudable, pues no se puede arribar a la conclusión impertinente de que la existencia se resuelve en el puro pensar, porque entonces estaríamos en un vaso cerrado sin perspectiva de salir jamás por la vía objetiva. Y así, de esta prueba racional del ser material que piensa y conoce por medio de su espíritu o conciencia, se salta a la aprehensión objetiva de la realidad exterior.

c) Admitiendo la posibilidad de la duda del hombre sobre la sustancialidad y características de la realidad exterior, confundándose con las «apariencias vanas en nada diferentes de un sueño»²⁶, no hay duda de que el espíritu humano reconoce tal realidad como exterior a él, buscando en su confusión la clasificación e identificación de la misma.

En suma, para la visión bellista, el conocimiento afirma la existencia de un mundo exterior, del cual el espíritu humano, en su función cognoscente, depende, pues sin la experiencia no hay conocimiento. El hombre se apodera de la realidad y la domina partiendo de la conciencia de su yo. Y este proceso parte de la subjetividad enraizada en el contacto del ser con el mundo. Las necesidades, siguiendo la perspectiva bellista, asocian las cosas al hombre, bifurcándolas en relación con la dicotomía Felicidad-Infelicidad. De allí nacen, primitivamente, los intereses revestidos de afecto y valoración positivos. Esto no quiere decir, de ningún modo, que lo metafísico y especulativo estén al margen; tampoco, obviamente, el conocimiento científico. La razón objetivadora conecta y supera la subjetividad, por la igualdad de fin, en beneficio de la mejor realización de la vida. De tal modo que lo que se *siente* verdadero será lo que se *crea* verdadero. En la misma línea está Unamuno, cuando dice:

«No es la inteligencia, sino la voluntad, la que nos hace el mundo, y el viejo aforismo escolástico de nihil vo-

(25) A. Bello. *Filosofía del Entendimiento*, pág. 4.

(26) *Ibidem*, pág. 325.

litum quin praecognitum, nada se quiere sin haberlo antes conocido, hay que corregirlo con un nihil cognitum quin praevolitum, nada se conoce sin haberlo antes querido»²⁷.

Pero, si formalmente aparentan nuestros sentimientos empujarnos a estructurar el mundo de nuestras ideas, en verdad son nuestra actividad e interés los que guían la formación de nuestros esquemas mentales que, en congruencia con nuestros sentimientos, permiten coadyuvar a la mantención o cambio de aquéllos. Tal conciencia del problema reflejan las siguientes líneas del venezolano:

«Pero una idea metafísica intuitiva que de nada sirviese para guiar a los hombres en la investigación y uso de los objetos de sus necesidades, me parece una cosa del todo opuesta a la reserva ordinaria de la naturaleza, que sólo nos facilita aquellos conocimientos que interesan a nuestra conservación y bienestar, y para adquirirlos nos ha dado en las percepciones, auxiliadas por el principio de causalidad y por el principio empírico, todo lo que necesitamos. Una verdad puramente teórica, debería mirarse como un hecho singularísimo en la historia del entendimiento»²⁸.

Y, de su actitud epistemológica, se desprende que, para Bello, al igual que para los empiristas ingleses, el conocimiento es algo relativo o condicionado, sujeto a la observación y análisis de los hechos externos e internos. Un sistema dogmático que crea tener cogida la verdad absoluta e incondicionada no cabe a la mente prudente de Andrés Bello. El saber auténtico tiene para él las características del científico: progresión paulatina de saberes parciales; perspectiva abierta al futuro, porque las circunstancias del «yo» son ilimitadas en su desenvolvimiento. La antinomia de lo relativo y de lo absoluto se resuelve a nivel del marco de las circunstancias, en el ahora y el aquí; lo relativo es absoluto en su marco, en cuanto encierra una realidad objetiva y útil para la conciencia.

(27) Miguel de Unamuno. *Vida de don Quijote y Sancho*. Bs. As., 11.ª ed., 1958. Espasa-Calpe. Colección Austral. Cfr. pág. 230.

(28)) A. Bello. *Filosofía del Entendimiento*, págs. 321-322.

Desde el punto de vista histórico el acontecimiento del saber no se interrumpe jamás, pues el hombre con sus intereses y necesidades en acción, más el fluir de la realidad exterior, no cesan de relacionarse, buscando aquél siempre el equilibrio vitalizador. ¡Cuán lejos se encuentra cualquier pasión doctrinaria en Andrés Bello, conociendo la actitud que lo orienta en la explicación del hombre y del mundo!

Conclusiones

De las consideraciones en torno a la visión bellista del hombre, destacaremos algunos puntos que son productivos en otros aspectos del pensamiento que nos preocupa:²⁹

a) El hombre dinamizado por sus necesidades e intereses entra en contacto con la realidad y se orienta en ella, de acuerdo con el desarrollo de aquellos factores de impulsión. Para este quehacer está dotado de un espíritu, sentidos y voluntad.

b) Su existencia, por lo tanto, está condicionada por su apetencia de felicidad y sus esfuerzos para cumplir las exigencias de tal aspiración.

c) El saber resulta de la capacidad que tiene de realizar observaciones e investigaciones, apoyándose en instrumentos, para estudiar el mundo y su interioridad. Y este conocer implica solidariamente la transformación de las relaciones del sujeto con su medio físico y social, dentro de la polaridad Felicidad-Infelicidad. El proceso anterior va cogiendo las experiencias del individuo y de la especie, destacándose en este sentido la importancia del legado heredado de las generaciones o pueblos precedentes.

d) Y el hombre solamente puede satisfacer sus aspiraciones a la felicidad en un grupo de semejantes, dentro del cual participa en una determinada organización y legalidad. Al señalar las partes de la Filosofía, Bello destaca el valor de

(29) Cfr. Hernán Urrutia. «Concepción de la normatividad en la obra de Andrés Bello». En *Estudios Filológicos*, n.º 3, Valdivia. Págs. 126-157.

la Etica, que da reglas para la acertada dirección de nuestros actos voluntarios. Por otra parte, señala, en sus «Apuntes sobre la teoría de M. Jouffroy», que el derecho natural se preocupa de determinar las reglas adecuadas para las acciones humanas encaminadas hacia su finalidad.

No cabe la menor duda que este punto preocupó fundamentalmente al autor de la Gramática Castellana, del Código Civil y del texto de Derecho Internacional. La regulación de las aspiraciones e intereses —como lo destaca Andrés Bello— implica una cohesión espiritual y ordenamiento jurídico a nivel del Estado y de la comunidad internacional.

HERNÁN URRUTIA C.
Universidad de Deusto